



MINED
Un Ministerio en la Comunidad



No 1

Homenaje a Rubén Darío



Homenaje a Rubén Darío



Luis H. Debayle

© 2020

Alcaldía de Managua
La Alcaldía del Poder Ciudadano

Homenaje Rubén Darío

El libro digital “Homenaje a Rubén Darío” por Luis H. Debayle (1865-1938), es una producción de la Alcaldía del Poder Ciudadano de Managua, a través de la Dirección General de Desarrollo Humano y su Dirección Específica de Cultura y Patrimonio Histórico. Es un rescate documental del Archivo Municipal de Managua.

LA ALCALDÍA DEL PODER CIUDADANO colaborando con el Ministerio de Educación de la República de Nicaragua. Una contribución a la educación de nuestros maestros y educandos. COLECCIÓN RUBÉN DARÍO No. 1, Enero del 2020, JORNADA DARIANA.

Fotos: Rubén Darío y Luis H. Debayle, reproducida del diario “La Nación” de San José, Costa Rica. 7 febrero de 2016; El Sabio Debayle con sus amigos, reproducida del diario “La Nación” de San José, Costa Rica, 7 febrero del 2016.

Arte y Diseño: Octavio Morales Serrano.
Levantado de Texto: Ana María Zambrana.
Cuido Editorial: Clemente Guido Martínez.

Contenido.-

Presentación.- Pág. 5

Discurso a Rubén Darío.- Pág. 9

Rubén Darío.- Pág. 24

A Rubén Darío, ante su tumba.- Pág. 39

Presentación.-

La Alcaldía del Poder Ciudadano de Managua, a través de su Dirección de Cultura y Patrimonio Histórico, adscrita a la Dirección General de Desarrollo Humano, presenta este rescate bibliográfico de gran importancia para el conocimiento de la vida y obra de Rubén Darío, y su relación con el médico conocido en Nicaragua con el sobrenombre de “El Sabio Debayle”.

El biógrafo de Luis H. Debayle, Lenin Fisher, publicó el 18 de abril del 2012, una de las biografías más completas del sabio, la cual recomendamos leer el siguiente enlace digital: <https://leninfisher.blogspot.com/2012/04/biografia-del-doctor-luis-henry-debayle.html>.

En esta biografía de Fisher nos da importantes datos del Dr. Debayle que referimos a continuación, pero sugerimos la lectura completa de la biografía que publica el Dr. Fisher en la página antes referida.

“El Dr. Luis Henry Debayle Pallais nació el 26 de octubre de 1865, en León, dos años antes que Rubén Darío. Sus padres fueron: Monsieur Louis Debayle, de origen francés, y doña Salvadora Pallais. Se casó con Casimira Sacasa Sacasa.

El Dr. Debayle Pallais, conocido en su tiempo como “El Sabio Debayle” fue maestro de varias generaciones de médicos. Fundador de la cirugía científica en Nicaragua al introducir las técnicas de asepsia y antisepsia adquiridas durante sus estudios de medicina y cirugía en París, Francia, como discípulo del gran científico Luis Pasteur”

El día de su nacimiento, el 26 de octubre, ha sido consagrado como “Día del Médico Nicaragüense” por

decreto emitido por el Presidente de la República de Nicaragua, Dr. Víctor Manuel Román y Reyes.

Luis H. Debayle P., es el pionero de la Medicina en Nicaragua y se considera una personalidad fundacional. Cuando el Dr. Debayle P., ejercía la Medicina en León de Nicaragua, su coetáneo y coterráneo Mariano Barreto (1856-1927) lo retrató en estas líneas: “Inteligencia precoz, viveza de espíritu y actividad infatigable, prendas son que maduraron en él, y despertaron sus ansias de vivir y de saber...

Falleció el 24 de marzo, según algunos, y el 29 de mayo de 1938, de acuerdo a otros. La enfermedad de base que llevó a la muerte del insigne galeno fue la diabetes, —trastorno que le produjo la amputación de una pierna primero y, pocas horas antes de morir, de la otra— y que le causó catarata en el cristalino (7,8). Murió a los 73 años, debido a un coma diabético en el mismo hospital que fundó, el San Vicente, y al que entregó lo mejor de su inteligencia y trabajo creador; sus restos descansan en la Catedral de León, donde reposan los leoneses insignes y dilectos hijos de la ciudad.

Para el acucioso investigador, recomendamos la siguiente bibliografía sobre Luis H. Debayle.

Referencias bibliográficas:

1-. Maltez Montiel, V. El Hospital, su historia en Nicaragua y nosotros los médicos. León: 400 años de tradición médica. Bolsa Médica. No. 11; Jul. 1994: 4-10

2-. Montiel, J. A. Homenaje a Luis H. Debayle. Bolsa Médica. No. 3; Oct.-Nov. 1993: 3

3-. Berríos Valladares, G. 90 años de cirugía en León. Bolsa Médica. No. 6; Feb. 1994: 4-6

4-. Montalván, J. H. Breves apuntes sobre deontología médica e historia universal de la medicina. Hospicio. Universidad Nacional Autónoma. León, Nicaragua. 1960. 231

5-. Mendieta B, W. Remembranzas de los congresos médicos nacionales. Bolsa Médica. Oct. No. 14; 1994: 11

6-. Bolsa Médica. Dr. Luis H. Debayle: ciento treinta años de su nacimiento. No. 26. Oct. 1995: 3

7-. Arellano, J. E. Luis Henry Debayle. Pionero de la medicina en Nicaragua. Bolsa Cultural; ed. 172; 19-1-2001. Internet 2010

8-. Arellano, J. E. El sabio Debayle y su contribución a la ciencia médica en Centroamérica. Hispamer. Managua, Nicaragua. 2008: 300

9-. Sáenz, F. Interpretación de la leonesidad. En: Boletín nicaragüense de bibliografía y documentación. Rubén Darío y la leonesidad. 114. Biblioteca Roberto Incer Barquero. Banco Central de Nicaragua. Imprimatur. Managua, Nicaragua. Ene-Mar 2002: 253

10-. Alvarado Sarria, R. Breve historia hospitalaria de Nicaragua. Hospicio. León. 1969: 148

11-. Reyes Monterrey, J. Apuntamientos básicos para el estudio de la historia general de Nicaragua. Universitaria. León. 1989: 218

12-. Arellano, J. E. Luis H. Debayle, el literato. El Nuevo Diario. 6-6-2008. Internet. 2010

13-. Miguel, P. Las muertes de Rubén Darío. Internet. 2010

14-. García Rocha, A. Muere el sabio Dr. Luis H. Debayle. Bolsa Médica. No. 26. Oct. 1995; 4

15-. Biografía de Luis H. Debayle, escritos de Lenin Fischer. Enlace: <https://leninfisher.blogspot.com/2012/04/biografia-del-doctor-luis-henry-debayle.html>

16. Rubén Darío y Luis H. Debayle, publicado por La Nación, de Costa Rica en el siguiente Enlace: <https://www.nacion.com/viva/cultura/ruben-dario-y-luis-henry-debayle-el-sabio-y-el-poeta>.



Discurso

del doctor Luis H. Debayle, al ofrecer el banquete con que obsequió a Rubén Darío.-

He aquí el abrazo fraternal!

La modesta fiesta mía en el conjunto de ovaciones tributadas a tu esclarecido genio-a tu elevado espíritu y a tu noble corazón.

Tras larga ausencia has vuelto a tus lares.

Tu patria ha vibrado de entusiasmo.

Los pueblos se han agolpado a tu paso.

Los pensadores, los sabios, los intelectuales te han tendido la mano; los artistas de la lira, de la nota y del pincel han pronunciado en su respectiva lengua el ¡hurra! sonoro; los ancianos han querido volverte a ver; los niños han corrido tras de ti para conocerte; los potentados y los proletarios han deseado honrarse saludándote, y León, la cara ciudad de tu infancia, ha congregado sus multitudes, ha alfombrado sus calles; y recordándote aquella triunfal entrada del Domingo de Ramos que guardas indeleble en tu memoria, (1) ha hecho tremolar sus palmas y ha pronunciado su ¡Salve, oh Poeta! de entusiasta bienvenida.

Y hasta la naturaleza misma parece haber participado del entusiasmo general brindándote los más

1 Darío pasó su primera niñez en la Calle Real de León que todos los años recorría la procesión legendaria del Domingo de Ramos que le inspiró sus primeros versos.

espléndidos días de tu tierra tropical y las más apacibles noches de inimitable poesía, de la alba y perlada luna que derramara en tus venas su mágico y argentado licor.

He visto la emoción tuya, he sentido tus palpitaciones, y no creo equivocarme afirmando que ninguno de los gloriosos triunfos de tu peregrinación ideal, ha hecho vibrar como éste la fibra íntima y delicada que sólo extremece la mano maternal.

Tú no eres indiferente; tú no eres frío.

Si nos asomamos a mirar la profundidad de tu espíritu superior, encontraremos claridad; si la espina te hiere, brota noble y roja tu sangre.

Yo bien he podido valorar los estremecimientos de tu fruición filial al recibir el maternal abrazo.

Mal te conoce aquel que no comprenda, que al par que tremolas enérgico el invencible gonfalon del Arte, tienes una alma «joven, sentimental y sensitiva» que no han endurecido las asperezas del camino, ni han embotado las embriagueces del triunfo.



Has recibido y recibes las aclamaciones oficiales y públicas que corresponden a tu alto renombre.

Acepta aquí el abrazo fraternal que evoca hoy en tu recuerdo la infancia querida, aquel «divino tesoro ido para no volver», aquellas horas de plácidos ensueños juveniles que dejan en el alma para siempre, el reflejo inextinguible de su poética y sonrosada claridad.

Abrense las puertas de mi hogar para recibirte.

Hínchense nuestros pechos de gozo y de satisfacción.

Estás sentado a nuestra mesa. A la misma mesa en donde niño ocupaste el puesto del amigo predilecto, y en cuyo derredor encuentras las mutaciones y dolorosos vacíos de la inexorable ley de la evolución y de la vida.

Pero para tí y para mí, y para todos los que creen, sólo hánse multiplicado tus amigos. —Aquellos otros existen aún— y yo siento en este momento de orgullo, de gozo, de gala para mi hogar, que sus espíritus aletean en derredor nuestro y vibran con nuestros corazones!



¡Cuánta satisfacción experimento al verte en este lugar con nosotros, humilde en tus triunfos, sencillo en tu grandeza, palpitante de ingenuidad y cariño como en pasados tiempos!

No puedo menos que recordar, aun a riesgo de traspasar los límites de la etiqueta, épocas y escenas que, fijas con fotográfica exactitud, están en mi memoria. Tus comienzos, tus amores, tu timidez, tu natural retraimiento interpretado erróneamente por intelectos mediocres; tu carácter y originalidad personal, cuyo sello he visto estampado en tus obras, en las etapas de tu vida literaria y en tus mismas innovaciones y conquistas. Desde entonces pudimos leer los que te conocimos bien aquel mandamiento promulgado más tarde en tu Decálogo literario: «El clisé verbal es dañoso porque encierra en sí el clisé mental y juntos perpetúan la anquilosis, la inmovilidad».

Bien presente tengo tu disposición especial por el dibujo, probada en el admirable retrato de Mr. Swan, que valió al improvisado artista la honra de colocar su obra en el salón de nuestro Club.

Y la sutil fineza de tu oído, el don musical que revelaste en los rudimentarios teclados del acordeón y del armónium, y que más tarde te hizo gustar música wagneriana, siendo a mi entender, esta facultad admirable de tu artística personalidad, la clave, en parte, de la delicadeza de tu ritmo y de la obra de innovación sintetizada en tu singular teoría de la MELODIA IDEAL. Porque has querido ir hacia el porvenir «siempre bajo el divino imperio de la música, -música de las ideas, música del verbo (2). Y eres hoy, como lo confirma el eminente crítico musical español Subirá, «el óptimo músico de sonoridades wagnerianas de bellos ritmos y de ideas bellísimas».

Un hecho, entre otros, que pinta a lo vivo lo admirable de la espontaneidad de tu estro.

Salimos — adolescentes aún — de recibir la clase de lógica, que según Balmes, nos daba el bondadoso maestro Ibarra.

Debías tú pronunciar una composición poética en la inauguración del Ateneo de Contreras y de Ayón. Atraídos por nuestra mutua y común simpatía, nos dirigimos a Guadalupe a la escuela primaria, regentada por un joven profesor tan modesto como laborioso, todo inteligencia y bondad, que más tarde fue el director de tu inolvidable *Ensayo*, y cuyos méritos indiscutibles tenían que relucir algún día como reluce el oro (3).

«Yo quiero— me dijiste— que la Alsacia y la Lorena, figuren en mis versos. Tú, como francés, explícame la historia de esas provincias». Y luego que me oíste,

2 () Prólogo de Canto Errante.

3 () Francisco Castro, actual Ministro de Hacienda y Crédito Público y Fomento, fundador de *El Ensayo*, revista literaria en que se registran las primeras producciones de Darío.

cruzando una pierna sobre la otra, con aquel gesto casi infantil que te era peculiar, escribiste sobre la rodilla, sin detenerte un instante una estrofa que concluyó así:

Son la Alsacia y la Lorena
Que laméntanse apenadas,
Porque ovejas descarriadas
Fueron víctimas de un robo,
Y ahora les hunde el lobo
Sus garras envenenadas.

Cómo quisiera tener aquí presente aquel personaje decorativo, rico, influyente, con etiqueta de sabio e incapaz de comprender los quiméricos sueños del poeta y los vuelos del arte, espíritu hecho en molde, como abundan entre nosotros, para quien sólo existía la clásica verdad rutinaria, y que al ver mi cariño rayano en admiración por ti, me preguntó extrañado:

—¿Y qué encuentra U. de extraordinario en ese joven?

Tus grandes hechos han confirmado plenamente mi previsión, y mi respuesta de entonces.

Tú podrías contestar hoy, mejor que yo lo hiciera; y mejor que nosotros, Marcelino Méndez Pelayo, Valera y otros más que han proclamado la excelsitud de tu numen.

Y José Enrique Rodó, al escribir: «Es el *leader* de la literatura hispanoamericana». Y Emilio Castelar al enviarte su discurso en la Academia Española: «Mi cariño, mi amistad, mi admiración constante, usted los tiene».

Y Juan R. Jiménez: «Es indiscutible que Rubén Darío, caballeresco y emocionante, es el poeta más grande de los que actualmente escriben en castellano».

Y Francisco Navarro Ledesma: «Muerto Campoamor, la lengua castellana cuenta por fin, con un gran poeta de ideas y sensaciones, a quien ni el mismo Zorrilla le igualaría en el sentido musical».

Y Martínez Sierra: «Rubén Darío ha hecho vibrar la música de la lengua española para cantar, complejas maravillas, cisnes, mujeres, inquietudes, boscajes, marchas de triunfo, madrigales, filosofías viejas florecidas en corazones nuevos, galanterías inmortales, flores y centauros».

Y González Blanco, y Justo Sierra: «Es el poeta múltiple; es el poeta complejo; es el poeta inquieto; es el poeta atormentado; es el poeta admirable»..... «Es evidente que ha entrevistado y nos ha hecho entrever un color más en la poesía castellana, un ultra violeta que no conocíamos».

Y Elysio Carvalho se explicaría: «Es un artista refinado, aristócrata y suntuoso, que practica el arte del sueño, el culto a lo irreal y al idealismo puro..... Es uno de los mayores, si no el mayor de los poetas de la América Española, en estos momentos de la raza y de la lengua».

Y el coro de hombres de arte y discípulos y admiradores de tu obra de regeneración y renacimiento, podría juntar su colectiva exclamación ante la homérica figura: «Es no sólo un poeta eminente, sino el príncipe de los poetas del habla castellana!»

Cómo olvidar tu primer viaje al Salvador; las dificultades y penurias, las amarguras del artista pobre que, si bien se entristecía ante los obstáculos, no se arredraba; y sintiendo desde entonces todo el vigor incomparable de su portentoso intelecto exclamaba en carta que conservamos preciosamente: «Me siento con ánimo y con fuerzas para la lucha, y partiré en busca de nuevos horizontes».

Después, tu vuelta a Nicaragua, tu viaje al Sur, tu vida en Chile, tu íntima amistad con Pedro Balmaceda, nacida y fomentada por la irresistible atracción del talento y del arte, alma de luz con la que fundiste la tuya en la región del Ideal.

En seguida la misión a España confiada por aquel mandatario tan ilustre de talento, como de bondad y grandeza, (4) que supo comprender al genial artista.

Y en los años siguientes: triunfos y más triunfos. *La Nación* de Buenos Aires— *Los Raros* — *Prosas Profanas*, que continúan la obra de revelación de *Azul*; España, París, las misiones a Madrid y Río Janeiro, discernidas por el actual, egregio y progresista Jefe de Nicaragua, *Cantos de Vida y Esperanza*, *Peregrinaciones*, *Tierras Solares*, *Parisiana*, *Canto Errante*; y por último, los aplausos de una generación dos veces continental.

¡Con cuánto gozo recibíamos la noticia de tus triunfos! Cómo nos enorgullecíamos, cual si fuese propia, con cada corona que ceñía tu frente pensadora!

Cuántas veces se recordaron aquí mismo escenas de tu infancia, la portentosa precocidad de tu talento; y cómo tu nombre, repetido con orgullo por los padres, producía el éxtasis de admiración en las juveniles almas de los niños!

¡Y qué consternación el día en que el cable trajo la triste

4 () Dr. Sacasa.

nueva de la grave enfermedad que parecía amenazar tu vida y que produciría, —dijeron —el aniquilamiento de tus enclópeas energías intelectuales. Entonces pudimos medir mejor los grados de nuestro afecto, de nuestro orgullo, de nuestra admiración.

Ansias de acercarnos a tí, profundo pesar y tristeza, desesperanza, vacío indescriptible, arrepentimiento de nuestro prolongado silencio, de la interrupción de nuestra correspondencia: todo se agolpaba en conjunto a nuestra mente, hasta el feliz momento en que la grata nueva, luz que disipó aquella oscura nube, vino a devolvernos la tranquilidad.

No existió la grave enfermedad. La noticia era errónea: su origen no es del caso discutirlo ahora; pero este incidente de tu vida y los rumores que provocó, despertaron en nosotros hondas reflexiones, filosóficas y morales, sobre la pequeñez y la grandeza, y cruzaron fugaces ante nuestra vista orugas y mariposas!

No era cierto que te habíamos perdido.

—Y reproduciendo la célebre frase de Galileo, que tanto impresionó tu juvenil imaginación, citada en tu Oda al Progreso, podemos exclamar:

E pur si muove! Aunque a despecho sea
De la pálida envidia y mezquindad.
Tus alas no están rotas; y flamea
En el espacio eterno de la Idea,
¡Oh Aguila! Tu augusta majestad.
El rayo no te ha herido; te levantas
Y en el alto zenit ¡Excelsior! cantas.

Sé bienvenido. Reposa un tanto en el hogar de la fraterna amistad. Deposita un momento en el altar de la Patria tus coronas y los trofeos de tus triunfos.

Después, continúa tu camino hacia la Polar Estrella, a la región del Ideal, llevando como hasta aquí la nobleza de tu corazón hermanada con el brillo de tu genio; siendo siempre el «*ethereal* de la poesía sutilísima y excelsa»; y demostrando por tí mismo que el verdadero artista «comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas» y que en definitiva, «toda la gloria y toda la eternidad están en nuestra conciencia!»

Alto sobre las pequeñeces, sé siempre tú mismo en ti, cerrando los oídos al clamoreo estéril.

Y no olvides que para aquellos que osen interrogar, podemos repetir la histórica frase de Napoleón, aludiendo a la República francesa:

Rubén Darío es un Sol. Ciego es quien no ve sus resplandores!

Brindis de Rubén Darío

Esta casa de gracia y de gloria me augura,

Por estas dulces horas que son de Epifanía,

Como el amanecer de un encantado día

Que iniciase las horas de una dicha futura.

Aquí un verbo ha brotado que anima y que perdura,

Aquí se ha consagrado a la eterna Harmonía

Por las rosas de idea que han dado al alma mía

En sus pétalos frescos la fragancia más pura.

Suaves reminiscencias de los primeros años
Me brindaron consuelo en países extraños,
Y hoy sé por el Destino, prodigioso y fatal,
Que si es amarga y dura la sal de que habla el Dante
No hay miel tan deleitosa, tan dulce y tan fragante,
Como la miel divina de la tierra natal.

Y para Casimira
Lo mejor de mi lira
Y las flores de lis,
Que junten la fragancia
De Nicaragua y Francia
Por su adorado Luis.

El banquete a Darío en casa del Dr. Debayle

Durante los días que Darío estuvo en León, fué agasajado privadamente por varias familias. De estas manifestaciones, la que resalta es la del doctor Debayle. Fue un banquete lírico, ofrecido al Poeta en la misma casa donde recibió los agasajos infantiles a su talento, en el alba. El comedor, con su techumbre de flores, y en el centro una lira de las divinas rosas cantadas por Anacroente. Muchos adornos alusivos, descollando un cuadro donde una águila con las alas abiertas descansaba en el espacio sosteniendo en su pico un medallón con el retrato de Darío. Señoras, caballeros; hermosura y gracia; talento y sociedad. El obsequiado, entre doña Casimira de Debayle y doña Fidelina de Castro. En frente, nuestro doctor Debayle.

Había en el centro un escudo conteniendo una alegoría pintada por el distinguido artista Belisario Salinas en la cual se leía esta palabra: «Excelsior».

El menú, de lo más escogido, impreso en artísticas cartulinas, en cuyo frente se veían dibujadas las banderas cruzadas de Nicaragua y Francia y esta dedicatoria: «A Rubén Darío, príncipe de los poetas del habla castellana».

A la hora del champaña, dijo su brillante obsequio Debayle, su discurso de remembranzas y justicias, de gloria y reconocimiento.

Darío contestó, emocionado, la poesía que antecede, llena de delicadeza y sentimiento.

De “La Patria”

Poesía

Recitada por su autor en la apertura
De la velada en homenaje a

Más que la voz elocuente
Del Arte y la Poesía
Ha resonado este día
En mi pecho y en mi mente,
Grato recuerdo ferviente
De afecto nunca falaz,
Que de la infancia en la paz
Nuestro espíritu embalsama;
Generosa y pura llama
Que no se extingue jamás.

De esa amistad bendecida
Agena al vil interés;
Religión de la niñez
Que vive con nuestra vida;
Que llevamos encendida
Hasta el umbral de la muerte;
Lazo misterioso y fuerte
Que la distancia no trunca;
Que no pueden romper nunca
Los vaivenes de la suerte!

Por eso ahora, talvez
Usurpando un alto honor,
Vengo a iniciar con fervor,
Con orgullosa altivez,
La ovación que en honra y prez
Del paladín, del atleta,
Del más elevado esteta,
Consagra hoy, alborosado,
Todo un pueblo entusiasmado,
Al genio de su Poeta.

Era el invierno. Neblina:
Mucho frío, mucha nieve.
Presurosa el ala mueve
La tropical golondrina.
A la lumbre se encamina
Buscando cálido ambiente...
Mas hoy, al sol esplendente
De la patria primavera,
Retorna el ave viajera
Alondra de luz fulgente!

Canta, canta trovador;
Derrama tus melodías
Cual en venturosos días
De aquel juvenil albor,
Resuene el patrio rumor
De tus brisas y huracanes.
Y la voz de los titanes
Que vistió salvaje pluma,
Del lago la onda de espuma
Y el fragor de tus volcanes.

Y la armonía sonora
De nuestro bosque fecundo,
Llegue hasta lo más profundo
De esa mente soñadora
Y al fulgor de blanca aurora
Cual en ánfora ideal,
Bebe el perfume natal;
Y oye la voz argentina
De la oración matutina
De tu vieja Catedral!

Oh Rubén! Si arde tu llama,
Y haces vibrar inspirado
El misterioso teclado
Del divino pentagrama,
El noble pecho se inflama
Palpitante de emoción;

Que tus armonías son,
Más que del verso los sonos,
Las sublimes vibraciones
Del arpa del corazón.

Que «desdeñas la gramática»,
Dicen, que no hay Academia
Para tu «musa bohemia»
«Decadente y enigmática». . .
Mas. . . tu numen tiene extática
Del mundo la admiración;
Tu mágica inspiración
Aurea su lumbre fulgura
«Sobre la literatura»
Del azul en la región.

Probaste pan de pobreza,
Acíbar de proscripción,
Mas libó tu corazón
El néctar de la belleza.
Los triunfos y la grandeza
Tienen como ley fatal
El dolor por pedestal
De la vida en el prosenio:

Así se levanta el genio
A! zenit de lo inmortal.
Rubén Darío! tu gloria
Entusiasma y enardece,
El patrio orgullo enaltece
El fulgor de tu victoria.
Más tarde, justa la Historia
Un monumento ha de alzarte
Porque en las lides del arte
Eres invicto soldado:
Por la nobleza, un cruzado
Por lo grande, un Bonaparte!

Niño aún, te comprendí.
Tu alma brotó, flor de albura,
De la onda Castalia pura
Y tu genio nació aquí;
Tú eres «tú mismo en ti»:
Verdor fecundo de Mayo,
Roja sangre de Pelayo;
De Orfeo y Anfión tu clámide,
Tus cimientos, de pirámide,
Tus vibraciones, de rayo!

-23-

Rubén Darío.-

POR EL DR. DEBAYLE.

*(Discurso pronunciado por su autor en el
Aniversario de la muerte del Poeta).*

I

SEÑORES:

Una vez más, talvez la última, estoy con vosotros formando coro en un homenaje, en una glorificación que es tributo de alto deber.

Así como el viajero del desierto, abrumado por la magnitud de la mole, se detiene después de largo camino para contemplar en su conjunto la grandeza de la inmensa pirámide, así nosotros, ante la gigantesca figura de nuestro genio, en el rodar vertiginoso del tiempo, hacemos alto ahora para extasiarnos en sus contornos atrevidos, en su silueta gloriosa, en su faz olímpica, coronada por la admiración universal, y nimbada por el resplandor de ultratumba que lo consagra ante nuestra vista deslumbrada y extática.

Miremos la gigantesca figura, no sólo en el desierto; mirémosla ante la profundidad de la ola, la inmensidad del cielo y la eternidad del tiempo.

Señores: Permitidme que repita mi satisfacción, que me gloríe una vez más y que me enorgullezca del augurio de mi infancia realizado. Asistí a la aurora, a los albores prístinos del astro; me deslumbraron los rayos fulgurantes del cenit; pude contemplar la maravilla, abismo y cumbre, sombra y luz, sangre y oro del lujuriente crepúsculo de

su ocaso. Y ahora, con la tristeza, con la melancolía en el alma, unida al orgullo por lo sublime; en la serenidad augusta del tiempo, en la oquedad eterna del misterio, como en la noche de un sol desaparecido, contemplo las irradiaciones inextinguibles de su gloria. . . .

Mi voz no es voz mía, es la voz del corazón de este pueblo; mi homenaje junta las rebeldías del cacique Nicarao con la férrea voluntad e hidalguía castellanas y un eco hondo y lejano de la ínclita Francia. Mi palabra tiene hoy rumores de lagos, de mares y de montañas de un país bendito por Dios y humillado por el destino; tiene de admiración, tiene de recuerdo fraterno, tiene de amor, tiene de orgullo, tiene de dolor y tiene de esperanza.

El recuerdo, el caro recuerdo, me presta alas para ascender. Su muerte prematura y su pena que conocí, me dan dolor para sentir, y su gloria acentos para pregonar su grandeza, que es nuestro tesoro inalienable, nuestro legítimo orgullo.

Señores: Mientras más retrocedo a la infancia y al pasado, a nuestras íntimas confidencias; mientras más recuerdo una a una las etapas de su vida y sus diferentes creaciones sucesivas; mientras más medito y profundizo su obra, penetro en su corazón y me elevo a su espíritu, más me explico la razón de mi profunda simpatía y de mi ciega admiración; más me convengo de lo grande y extraordinario de su personalidad.

Vosotros sabéis cuánto hice porque volviese al viejo nido el ave ya mortalmente herida. Vosotros conocéis todos los esfuerzos de mi afecto y los medios puestos en práctica con la fé de la adhesión más viva para prolongar en lo posible su radiante existencia. Sabéis también cómo fuimos burlados por el ciego Destino.

Ardiendo siempre en la misma ansia, en el mismo deseo, se agotaron después los últimos secretos del laboratorio para detener en lo posible la obra de las mutaciones de la muerte, queriendo establecer, oh vano empeño! un paralelismo irrealizable entre la materia transitoria y el ánima inmortal!

Esfuerzo heróico el de mi fraternal afecto puesto a prueba al rasgar la piel marmórea de aquel caro cuerpo inerme, con el fin de preservarlo de la destrucción.

En mis manos tuve su corazón! Aquel corazón paralizado ya, bañado en su sangre ardorosa y generosa que palpó tantas veces al influjo del entusiasmo, de la inspiración y de la amargura del vivir; aquel noble corazón, ingénuo y grande, que inflamó el Arte, la Fé y el Amor.

Tuve en mis manos su cerebro, la víscera sagrada, asiento y órgano del pensamiento humano. Tuve en mis manos, enmudecido de estupor, aquel maravilloso instrumento de una psicología portentosa que abarcó la naturaleza en su expresión más amplia.

Y en verdad os digo, que rasgos peculiares y extraordinarios lo caracterizaban.

(El orador hace enseguida un conciso y rápido análisis anatómo-fisiológico de las circunvoluciones, mostrando los centros que corresponden a las facultades predominantes del poeta. Darío fue en sus principios uno de los verbomotores desbordantes; improvisaba admirablemente. Más tarde se convirtió en gráfico, escribía más bien que hablaba. Su memoria visual era prodigiosa, se desdoblaba como una película sorprendente al calor de su inspiración y de su entusiasmo. Todo esto según las teorías de hoy. Cualesquiera que sea la hipótesis de mañana, el hecho indiscutible es que ese órgano es un raro espécimen humano).

En tales investigaciones, señores, nosotros deletreamos, por así decirlo, las profundas verdades. Investigamos acerca de los fenómenos misteriosos, en la frontera indecisa del pensamiento y la expresión. Tendemos a analizar, a interpretar, pero no podemos aún afirmar.

Como no podría aplicarse la antropometría a Aquiles, ni encontrar en la materialidad de las cuerdas de la lira el secreto de la armonía que les arranca la mano del genio, la ciencia no puede encerrar en su técnica las facultades mentales extraordinarias.

A veces, señores, ni el análisis psicológico mismo puede abarcar ciertos tipos y ciertas figuras espirituales. El análisis psicológico es humano; no puede reducir en sus fórmulas la figura del genio, que es casi extrahumana.

La psico-fisiológica, por exacta que tienda a ser, es perfectible, por lo tanto mutable. El arte supremo es inmutable. El genio es eterno. Pretender reducir a fórmulas obligadas y técnicas, fenómenos intelectuales inexplicables, inaccesibles al actual criterio científico, es algo así como querer analizar el perfume de una rosa y explicar la belleza de sus pétalos disecando su corola. Quien tal haga, se expone a deshojar la rosa y evaporar el perfume.

Anomalías? Teratología? Deformidad? Desequilibrio?

Nada hay exactamente normal, equilibrado, perfecto ni simétrico en la Naturaleza Humana.

Estos desequilibrios sublimes son los que han lanzado a un Colón sobre las olas, a un Montgolfier a los espacios, a un Newton sobre los orbes y a un Esquilo al cosmos de las almas.

II

SEÑORES:

Ese ser extraordinario que ha provocado en su vida una revolución trascendental sin tener más armas que su pluma ni más escudo que su corazón desnudo y su armonía, cuya muerte ha consternado millares de almas selectas y millones de hombres en ambos continentes; ese hombre discutido, negado a veces, admirado, amado y cuya desaparición ha hecho gemir prensas, humedecer ojos y enlutar corazones. . . . era simplemente un poeta.

Un poeta! Algo que hace sonreír a los hombres prácticos, a los mercaderes y buscadores de oro en la hora presente en que la materia triunfa sobre el espíritu, la fuerza sobre el derecho y la angustia de la ambición ahoga los ideales.

Un poeta es la condensación del pensar y del sentir. Es la armonía que suena en los oídos del espíritu, y la verdad de la gracia que llega a la razón del sentimiento; penetra en el corazón por la belleza y se eleva hasta el espíritu por la verdad.

Un poeta arranca vibraciones nuevas a la lira, engendra, crea, ilumina; habla con voces de océano, con suavidad de brisa, ruge con la tempestad, modula con los ruiseñores y perfuma con las rosas. La vida pasada le revela su misterio y la vida futura pronuncia por su boca su sentencia anunciando las palingenesis humanas, los cataclismos de las revoluciones, la luz lejana de las contelaciones enigmáticas y las radiantes auroras de los Cristos libertadores. Dice las cosas hondas, eternas, con acentos extraordinarios que escandalizan a los mediocres y despiertan de su letargo a los que piensan, y sus cantos descienden a veces sobre el mundo atronando el espacio, ensordeciendo los oídos de los mortales como estruendosas cataratas de verdad y de armonía.

Un poeta es la concreción de una raza y de una época.

Un poeta es un mundo concentrado en un hombre. La India palpita en Kalidasa, Roma hervía en Plauto, Grecia en Homero, Alemania en Goethe, América en Darío.

En la noche de la ceguera de Milton, brillaba el día esplendoroso de su genio.

En Shakespeare, como en maravilloso periscopio intelectual, se reducía al mundo.

En Víctor Hugo se concentraba el universo.

En Darío, como en las mil facetas líricas de un diamante tallado por Dios, se descomponían todos los rayos de luz, desde el alba rosada, el fulgor rutilante del día, hasta el lánguido crepúsculo vespertino. En el mágico cristal de su verso armonioso se encontraban todos los colores, desde la sangre roja de los labios que es pasión, la púrpura de la sangre que es fuerza, hasta el suave azul de la esperanza y del ensueño.

Tiene la visión directa introspectiva de la vida y una supervisión del detalle y del conjunto, del color y del relieve, de lo próximo y de lo ajeno más allá de la visual común.

Prisma maravilloso que supo descomponer todos los haces de luz como una floración multicolor, y concentrar a veces en rayo ardiente y único, las vibraciones dispersas del sentimiento y del espíritu.

Poeta de la música, del ritmo y de la armonía de la idea, es indudablemente el más musical de cuantos han escrito en castellano y quizás en idioma alguno.

El portentoso diapasón de su sensibilidad artística resonó con todas las armonías de la Naturaleza, con

todos los quejidos de los seres inferiores y con todos los dolores de las almas: del alma inmortal de los hombres, del alma pura de las bestias y del alma bella de las cosas.

Cantó con la naturalidad con que el ave vuela sin medir ni contar los golpes de sus alas.

Cantó como el jilguero, como canta el cenzone americano; cantó no para ser oído, sino para dar salida al torrente de armonía que llevaba en sí en el momento preciso de su necesaria intervención en el porvenir del pensamiento español en América. Cantó para desempeñar el papel que el Supremo Destino le designara en la grande obra del renacimiento del Norte.

En el campo de la idea, los pensadores todos han tropezado siempre con el obstáculo de las rebeldías de la lengua, rebeldía de la materia ante el espíritu. Darío, rasgo característico de su personalidad, jamás habló de tales rebeldías. Y el idioma en su mano es blanda cera que se derrite al calor de su mente: leve pluma, seda suave que se pliega al influjo de su voluntad.

Supo encontrar la armonía secreta e íntima entre el pensamiento y la palabra.

La palabra es la flexible vestidura, el manto sutil de la idea. La idea es el alma de las palabras. Las palabras así íntimamente unificadas con el pensamiento, parecen seres vivos, animados, que encarnan la belleza de la poesía y la misteriosa e intangible armonía del ritmo, íntima comunión del pensamiento y la expresión que hace desaparecer el molde de la prosa dura y del verso rígido. Las palabras para Darío no son ya cadenas sino alas de la idea y del pensamiento.

El arte poético es en la Historia el iniciador de la evolución de las lenguas. La palabra es el órgano de

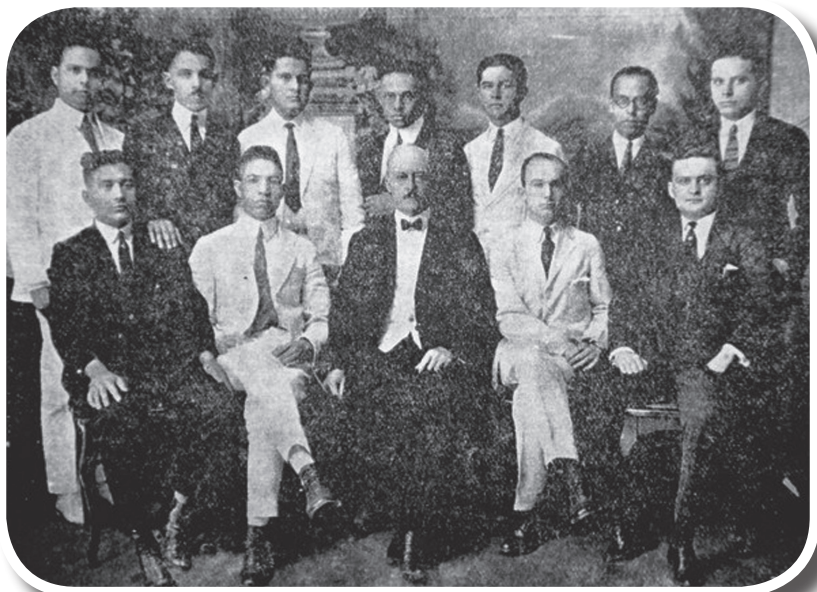
la civilización, la aguja náutica que marca el derrotero espiritual de las naciones.

Y la poesía es la palabra de los dioses.

La palabra, que es el gran órgano de continuidad del intangible YO con el mundo exterior, es voz de tres notas: la nota de la forma y del color, la nota del ritmo verbal y la nota del canto que es ritmo auditivo. La palabra esculpe con Praxíteles, pinta con Rafael, preludia con Jubal, canta con Virgilio, ora con Bossuet, y es en Darío paleta, cincel, barro, lira, armonía musical, girón de iris, efluvio de luz.

«Los acordes son versos y los versos son cantos,
y los cantos del color son los versos más santos.

La música es pintura de encendidos amores,
y la ingenua pintura, música de colores».



III

POLIFÓNICA fue su lira.

No tuvo una cuerda, no tuvo siete. Sus cuerdas son incontables, como son incontables los tintes policromos del espectro, los rumores de la floresta, los ecos de la Naturaleza y los perfumes exquisitos de las flores.

Cantó al ave, cantó al árbol, cantó a la piedra misma; cantó al dolor y cantó al placer, cantó a las ninfas y cantó a los faunos y centauros.

Cantó a las rosas de los prados que son flores, a las rosas blancas de la mar que son perlas, a las rosas de luz que son estrellas y a las rosas de amor que son las almas.

El alma de Darío tenía la omnisciencia de su maravillosa virtuosidad: múltiple, poliforme, panida. Contra la parcialidad de lo mediocre, tenía la multiplicidad, la universidad del genio, como Hugo, Verlaine, Maeterlink. Las contradicciones aparentes de su psicología son la consagración de la unidad misma, unidad grande, absoluta, inconmesurable, en donde queda el observador abismado ante la extraordinaria variedad de tendencias, de orientaciones, de poder, de vuelo, de reposo, de pasión, bañado todo con el mágico reflejo de lo bello, cantado con la sinceridad de un gran creyente: alas, céfiros, perfume, cisne, pasión, melancolía, música, deliquio, éxtasis, armonía suprema.

Su psicología es compleja, múltiple; su sentir, hondo y universal. Tiene supervisión. Su sér es teogónico. Penetra en todos los misterios de la vida, en el palpitante de los corazones, en el alma universal.

«Y siento como un eco del corazón del mundo

Que penetra y conmueve mi propio corazón».

Panida ambicioso del gran todo, deseador nostálgico, ansioso e insaciable de belleza, la busca en el bosque, en la planta, en la flor temprana, en la hoja mustia, en la ninfa, en la nereida, en el lago, en la nube, en la crisálida y en la adorada mariposa; la busca no sólo en el presente, la trae del pasado y la arranca al porvenir; la busca en la mitología pagana como en el misticismo y la fe cristiana.

«Oh, Psiquis, alma mía, mariposa invisible, que entre la Catedral y las paganas ruinas, repartes tus dos alas de cristal, tus dos alas divinas!».

Deshoja las margaritas del amor como busca las pomas del pecado con la misma mano de David que hace vibrar maravillosamente el arpa del Señor.

Si bien purificado en la fuente Castalia y saturado de la esencia de Francia, sentía, no obstante, sangre, músculo, nervio autóctono; y su alma era transparente como nuestros lagos, su espíritu profundo como nuestros océanos y su boca es profética con la bíblica voz de nuestros volcanes:

«Momotombo sagrado, Momotombo tremendo,

tu poeta ha escuchado dentro de ti el estruendo

del bronce apocalíptico del gran juicio final».

Aristocrático cantor del Siglo XVIII, del suave y cadencioso minué; rítmico compaseador de la graciosa seguidilla; fervoroso acongojado que llama al Cristo para que derrame su luz sobre las fieras. Y ante la guerra exclama:

«Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste,
un soplo milenario trae amagos de peste,
se asesinan los hombres en el extremo Este».

Y su pecho se oprime de ansiedad por los humanos dolores:

«La tierra está preñada de dolor tan profundo,
que el soñador, imperial meditabundo,
sufre con las angustias del corazón del mundo».

Compungido creyente ora diciendo a Cristo:

«Mi corazón será brasa de tu incensario».

Arrepentido en la Cartuja, poema que marca la postrer etapa de su ascetismo evocándonos la Vita Nuova del Dante; ambiguo con Verlaine, fuerte con Hugo, tiene en sus venas ora fuego de pasión, ora nostalgia de melancolía, ya paz y resignación a lo fatal.

Trovador de endechas dulces, albo cisne que expira con su canto; atormentado, amargo, que bebe el ajeno de la vida para dejarnos la miel de su melodía; que apura en el cáliz de su pena junto con el vino rojo que embriaga, la lágrima amarga del desengaño.

Para los que no encuentran en su poesía ternuras filiales, habría que recordarles las visicitudes de su infancia huérfana y de su vida sin hogar:

«Yo supe de dolor desde mi infancia,

Mi juventud ¿fue juventud la mía?

Sus rosas aún me dejan su fragancia,

Una fragancia de melancolía».

Amó con intenso amor patriótico su tierra natal, que es Nicaragua; amó con gratitud profunda a su patria de adopción, la fecunda y maravillosa Argentina; supo siempre venerar a la heroica madre patria, que es España; y admiró con amor a la gran patria universal, su patria espiritual, que fue la Francia.

.....

.....

Ha pasado el tiempo en que la crítica nuestra, demasiado imitadora de Saturno, usó hincar el diente; ha pasado el tiempo de las timideces en los aplausos y en nuestro entusiasmo.

Está consagrado.

Incubada al calor de Hugo con alas americanas, la alondra de luz se lanzó al azul, desafiando la tempestad del pasado o las flechas malignas o ignaras.

Está consagrado. Ha infundido nuevo aliento, médula y flexibilidad al idioma. Más grande y trascendental que Garcilaso, que hizo casi hablar el italiano en español, llevó el riego fecundante de la literatura francesa y extranjera a la encina secular hispana.

Está consagrado.

No abrió las ventanas, como dijo La Rachilde de la reforma de Verlaine en la literatura francesa: abrió las puertas. Hizo más: llevó el sol de la belleza y de la libertad al alcázar antes hermético del Arte.

Está consagrado.

Maestro le proclaman con los americanos; Menéndez Pelayo, Valera, la Pardo Bazán, Benavente, Villaespesa, los Machado, Pérez de Ayala, Antonio de Zayas, Juan

R. Jiménez, González Blanco y toda la brillante pléyade joven de España.

Y en los que como Marquina, Unamuno, de Meza, no influyó con influjo directo, recibieron también la lumbre refleja de su innovación.

Y es por su nombre, según Canedo, que empezará la historia el capítulo de la poesía del presente siglo.

.....
.....
No tuvo verdaderos precursores dignos de ese nombre. Con filólogos como Cuervo, Baralt, Bello, con poetas como Bello, Caro, Gutiérrez Nájera, Casal, Silva, Olegario Andrade, Díaz Mirón, con pensadores como Montalvo y Rodó, se encendieron las antorchas, brillaron en el cielo del arte americano las estrellas. Con Darío despuntó la aurora!

.....
.....
El poeta tiene que ser el reflejo de la época en que vive. Los poetas antiguos pueden ser y son singulares. El poeta moderno tiene que ser universalmente complejo, porque compleja es la existencia de nuestros tiempos.

El mérito no está en la cantidad sino en la calidad, un grano de oro vale más que muchos de cobre; diminuta es la chispa eléctrica de la nube y sin embargo basta para iluminar todos los ámbitos; una es la Minerva artística y ella sola hubiese eternizado a Fidias. Así también muchas de las obras de Rubén Darío, como la Sonatina, Los Motivos del Lobo, Era un Aire Suave, El Coloquio de los Centauros, Canción de Otoño en Primavera y la Marcha Triunfal, no han sido escritas para un año, para un siglo, para una época; son para todos los tiempos.....

El Canto a la Argentina, de cuya espontánea producción fuí testigo, cuyos mil versos leímos juntos en París, en noche inolvidable hasta el clarear del alba, es como un resumen de su vigorosa y exuberante fantasía lírica, de su maravilloso dominio del ritmo y del verso con los cuales parece formar castillos encantados, florestas rumorosas y lejanías de mar y cielo.

Ese canto, «creación de torres de mármol, dombos de granito y campanas de plata sobre la pampa de oro», es como una concentración pictórica de Historia, que tiene de catedral bizantina, de canto épico, de miraje: es una verdadera odisea cinematográfica de odiseas.

Unificó el sentir y el pensar castellanos.

Ha sido el nexo ideal y propicio de veinte naciones, el lazo de unión de millones de hombres que hablan la misma lengua, sienten con la misma alma, palpitan con el mismo corazón y se inspiran en los mismos ideales de arte, de patria, de raza y de justicia, «que aun reza a Jesucristo y aun habla en español».

Darío revolucionario, triunfante de la gaya ciencia, empuñando el cetro de la poesía castellana, ha reconquistado a España y reproducido en el siglo veinte, en la región del espíritu, el grandioso Imperio de Carlos V, eternamente iluminado por un sol sin poniente. Sólo que esta vez el emperador es de almas; es un americano, un indo-hispano, que tiene rebeldías autóctonas y cosmopolitismos ideales, que tuvo por cuna la humilde Nicaragua y cuya tumba gloriosa no está en el Escorial de España sino en la Catedral de León.....

.....
.....

Que ha muerto? Que ha enmudecido para siempre?
No.

Así como en las profundidades del tiempo resplandecen los rayos de su gloria, así los ecos de su lira rota vibran aún en nuestros corazones, puros, tiernos, como una vaga melodía que desciende de la región ignota del misterio a donde el genio ha ido para coronarse de nuevos laureles.

Las armonías divinas perduran a través del espacio y del tiempo; son la prolongación no interrumpida del cantor, provocan, engendran nuevos ritmos, se encarnan en una época y en una raza y constituyen así la maravilla de la eternidad del Arte.

Oid sus acordes; escuchad en todas partes las rapsodias de ese nuevo Homero, en cuya garganta vibra el coro de los inimitables trinos.

Y a Darío podría aplicársele con justicia el mito de Orfeo, cuya cabeza arrancada del trono seguía cantando aun arrastrada por las ondas tumultuosas del Estrimón.

Señores: Al salir de las representaciones de las obras de Esquilo los hombres golpeaban sobre los escudos suspendidos en las puertas de los templos exclamando: «Patria! Patria» Nosotros, en la evocación fúnebre de esta noche, podemos repetir: Patria! Patria! Gloria! Gloria!

Y si la onda invasora llegase por desgracia algún día a borrar a Nicaragua de la carta de los pueblos libres, no la podría jamás borrar del mapa perdurable de las naciones gloriosas.

En la incierta penumbra del futuro, la tumba de Rubén Darío nos salvará para siempre del olvido. Y, León será entonces la Meca, como fue «su Atenas y su Jerusalem».

A Rubén Darío, ante su tumba.-

Héme aquí, héme aquí, Genio Poeta
Para siempre inmortal.

Al pie de la columna do reposas;
Donde tu sueño velan un Profeta,
Un león, una lira y muchas rosas,
Al amor de tu vieja Catedral.

Secreta ley el genio a lo sagrado lleva,
Porque sagrado y genio son un todo eternal;
Hugo el inmenso duerme en Santa Genoveva
Y tú Rubén, el grande, en nuestra Catedral.

Yo siento al prosternarme reverente
Ante esta tumba, vida de la Historia.
Como un rayo de luz sobre mi frente
Del nimbo inmarcesible de tu gloria.

Ave de prodigiosa melodía,
Tu plumaje polícromo, esplendente
No arrancarán milanos. Tu poesía
Ya es pájaro de luz omnifulgente
En el eterno azar de la armonía.

En mí siento un amor alto y profundo,
Admiración que al tiempo se agiganta,
Cada palabra tuya a mi alma canta
Y cada pensamiento llena un mundo.
Tú resumes la gloria de una raza,
Tu numen prodigioso arranca del astral,
Maravilla viviente es tu ritmo que abraza

Todas las vibraciones del íris musical
Ya en la suprema orquesta glorificada pasa
Por los cuatro confines una Marcha Triunfal.

Alma grande, alma hermosa, alma buena,
Yo sé cómo libaste tu cáliz de dolor.
Había mucho en ti del alma nazarena,
Cuando sufriste triste de la gloria la pena
Y el amargor que tienen la vida y el amor.

Y si pienso en la fuerza que todo lo domina,
En el paso del tiempo que todo lo derrumba,
Veo erguirse a la Patria con tu lira divina
Enfrentando al olvido la gloria de esta tumba.

En la oquedad inmensa del profundo misterio
Ya tu espíritu boga en bajel de armonía;
Tus blancas manos pulsan el inmortal salterio
Tus labios saborean la célica ambrosía.

Las almas del futuro en ideal procesión
Vendrán a este Santuario cual reyes a Belén.
Y la Meca del arte será tu amada León
Cómo fuera tu Atenas y tu Jerusalén.

Héme aquí, héme aquí, Genio Poeta
Para siempre inmortal
Al pie de la columna do reposas,
Donde velan tu sueño un Gran Profeta,
Un león, una lira y muchas rosas,
Al amor de tu vieja Catedral.

2020

PATRIA!

PAZ!

PERVENIR!

TE  nicaragua